

Pérdida de experiencia y pérdida de responsabilidad

POR CARLOS B. GUTIÉRREZ

Carlos B. Gutiérrez, *Temas de filosofía hermenéutica. Conferencias y ensayos*. Universidad de los Andes-Universidad Nacional de Colombia. Bogotá 2002, ps. 301-310.

Voy a ocuparme de algunos de los problemas que le plantea al hombre contemporáneo la pérdida de experiencia, una vez que el elemento científico-técnico rebasa los horizontes del mundo vital y se da el desbordamiento de efectos secundarios no deseados de la práctica humana técnicamente reducida, hechos que ponen cada vez más en entredicho la formación de un juicio propio y la previsión de consecuencias, factores decisivos en la determinación de responsabilidad en los actos del ser humano.

ÉTICA DE CONVICCIÓN Y ÉTICA DE RESPONSABILIDAD

Hoy se asume que se ha dado un gran cambio no sólo en las condiciones sino también en la naturaleza misma del actuar humano, hasta el punto de hacerse necesaria una nueva ética. Para representarse la magnitud del cambio baste la referencia a la expansión insospechada del poder tecnológico y a la escala de peligro de toda índole en el manejo de la ciencia aplicada, como lo ilustran hoy la ingeniería de clonación y de recombinación de genes, los resultados sinérgicos de la acumulación de efectos nocivos subliminales que desbordan los límites de riesgo conocidos y el aceleramiento auto-inducido de desarrollo de sectores avanzados

de la técnica junto con la reducción paralela del reconocimiento de responsabilidad por parte de los implicados.

Dentro de la ética tradicional la responsabilidad no era otra cosa que «la imputación causal de hechos consumados», «la cuenta ex-post-facto de cobro por lo ya hecho»¹. La ética tradicional, que confiaba en un mundo estable y en la posibilidad de una experiencia significativa del mundo, se concentró en la elaboración de las normas de la buena voluntad de obrar sin prestarle demasiada atención a las consecuencias fácticas de la acción. Si la voluntad era buena bastarían sentido común y experiencia para que ella se tradujese en actos que produjeran también buenas consecuencias. La exigencia trivial de considerar las consecuencias de los propios actos no fue problemática en tanto se pudo presuponer que en el ámbito del actuar humano todo seguía como antes. La «ética de la responsabilidad», por el contrario, se abre ahora a las nuevas dimensiones del actuar humano y con ello a la necesidad de una nueva reflexión sobre el problema de las consecuencias, a las que también hay que tener en cuenta, como entrevió ya Max Weber, para no concentrarse únicamente en la concordancia de la acción con el objetivo por ella alcanzado, como lo asumía la «ética de la convicción»²; ella

¹ Hans Jonas, *Das Prinzip Verantwortung*, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1979, p. 172.

² Max Weber, *Politik als Beruf*, en *Gesammelte Politische Schriften*, Tübingen: J.B.C. Mohr, 1958, pp. 539-540.

propone un nuevo concepto de responsabilidad que concierne ante todo a la determinación de lo que está por hacer, a la luz del cual uno no se siente primariamente responsable de su conducta sino de «aquello que eleva pretensión sobre mi actuar» (*op. cit.*, pp. 174 ss.). Se pasa así de la responsabilidad del causante a una responsabilidad de cuidado o fideicomiso, de la imputación retroactiva a la preocupación y previsión prospectivas.

Las buenas intenciones por sí mismas no bastan ya para asegurar un hacer bueno y exitoso en complejas estructuras sociales. Quien hoy quiera actuar exitosamente en el entramado social tiene que saber en qué sistema o sub-sistema se encuentra y cuáles sean las leyes propias del sistema o sub-sistema del caso. La ciencia y la técnica además ya no se enfrentan a un orden natural estable sino que en su obrar ponen en peligro los fundamentos de su mismo obrar. Más aún, en los sistemas retroalimentados de la sociedad y en la producción científico-industrial ecológicamente retroalimentada las cadenas de actos ya no tienen fin; los efectos secundarios a largo plazo, no intencionales o meramente tolerados, superan en alcance a los efectos intencionales a corto plazo, en su mayoría simultáneamente consumados. De ahí que en medio de la diferenciación de sistemas sociales y del complejo sistema ecológico la “ética de la responsabilidad” abogue porque se asuma también y precisamente la responsabilidad de los efectos secundarios, de efectos con los cuales no se contaba e incluso –con base en nuevas tecnologías– no se podía contar en absoluto, maniobrándose así en la paradójica situación de exigir semejante responsabilidad en una época en la que los efectos secundarios del actuar humano son cada vez más difíciles de estimar. Lo curioso es que en la responsabilidad de los efectos primarios y secundarios vea la nueva ética la posibilidad de restituirlos al ámbito de la libertad humana de decisión, es decir, de no seguir abandonándolos en manos de las leyes propias de los sistemas y de volverlos a subordinar a objetivos humanos.

La “ética de la responsabilidad” ha hecho sin duda aportes significativos tales como el de la crítica a seguir teniendo como sujeto de responsabilidad al individuo aislado en tanto que las

nuevas circunstancias apuntan a la titularidad de instituciones y a responsabilidades colectivas, el de relacionar poder con responsabilidad para insistir en la necesidad de superar las éticas basadas en la simetría de derechos, y el de constatar el agotamiento de la ética del prójimo, de lo cercano, que ahora tiene que dar paso a una ética de lo lejano, capaz de abarcar el alcance de los riesgos y la proliferación abierta de efectos secundarios de los actos del hombre contemporáneo. Al final, sin embargo, “ética de la responsabilidad” resulta ser un concepto que agrupa intentos diferentes de formular máximas concretas de acción a partir de posiciones éticas fundamentales mediadas con las situaciones respectivas, reduciéndose a ser una nueva versión global de la *phrónesis* aristotélica, de la capacidad de juicio, que con base en el análisis razonable de la situación, sopesa alternativas concretas de acción en cuanto a sus consecuencias y decide a favor de las más valiosas moralmente. Sólo que en medio de la civilización técnico-científica en que vivimos la nueva ética no se puede remitir sin más al sentido común y a la experiencia, iviéndose así a la postre obligada a confiar en los peritazgos técnicos de científicos futurólogos! Así las cosas debe uno preguntarse al final si la transformación de la “ética de convicción” en “ética de responsabilidad” no debiera proseguir en la transformación de esta última en filosofía política.

LA TÉCNICA COMO INSTANCIA DETERMINANTE DE LA VIDA

Antes de abordar el tema de la pérdida de experiencia en el mundo actual es importante que le demos una ojeada a la omnipresencia de la técnica como la característica más notoria de nuestro tiempo. No está de más recordar que la técnica como apropiación de la naturaleza para fines humanos a través de la transformación del mundo físico ha existido desde que existe el hombre. Sólo que hasta la revolución industrial las intervenciones en la naturaleza se mantuvieron dentro de límites reducidos; los efectos de la técnica en la imagen externa del mundo se mantuvieron en segundo plano en relación con el discurrir del mundo orgánicamente

condicionado, y las perturbaciones del equilibrio biológico que estuvieron en juego pudieron ser compensadas por la naturaleza misma. Lo nuevo ahora es la universalidad y la potenciación de los efectos de operaciones y procesos técnicos. La técnica ha llegado a penetrar todos los órdenes de la vida y del comportamiento humano y a signar con sus artefactos todo entorno y paisaje. Hay quienes de manera más radical consideran que el hombre ha llegado a crearse una segunda naturaleza en la medida en que en lugar de la biosfera, con su espontáneo ritmo orgánico, se ha construido una tecnosfera según principios mecánicos³. Esto tiene el doble efecto de liberar, por una parte, al ser humano de muchas restricciones tradicionales y abrirle con ello nuevas posibilidades de acción, en tanto que las leyes funcionales de los procesos técnicos le constriñen de manera creciente, por la otra: los objetos y procesos técnicos producen los resultados deseados sólo en la medida en la que el ser humano esté dispuesto a acoplarse a las normas específicas de la funcionalidad técnica y a verse a sí mismo como elemento de esa funcionalidad. Así pues la confrontación con la naturaleza hostil de otras edades se ve substituida por la dependencia del mundo artificioso que el hombre mismo se ha creado.

El hombre contemporáneo vive de este modo en una situación vital modificada; ya que si bien siempre hubo técnica, nunca antes fue ella la instancia predominante a la que se sometieran todos los demás ámbitos de lo humano. En épocas anteriores la práctica de la vida individual y social estuvo determinada por magnitudes ajenas a la técnica; en nuestros días, por el contrario, el progreso técnico es entendido como el valor supremo y la instancia de referencia obligatoria sin más, en tanto que los efectos sociales, políticos, éticos y estéticos de la tecnificación son tenidos por consecuencias que hay que aceptar, como resultados marginales de un proceso supuestamente irreversible y hasta dado por la naturaleza humana. Sobra señalar que los medios técnicos están cambiando la noción misma de comunicación y que la auto-comprensión del hombre se orienta cada vez más hacia

³ Friedrich Rapp, *Filosofía analítica de la técnica*, Barcelona: Alfa, 1981, p. 164.

el modelo de los procesos técnicos. Ejemplo bien dicente para filósofos es el del tratamiento contemporáneo de la experiencia humana a la luz de la “ciencia cognitiva”.

El estilo de vida técnico constituye a ojos vistas una unidad indivisible. Tanto la investigación como la aplicación práctica de los resultados obtenidos en la producción y el consumo son racionalizados totalmente mediante criterios de eficiencia, de forma tal que el proceso global avance obedeciendo únicamente a sus propias leyes. Se ha gestado así una civilización verdaderamente mundial que nivela todas las diferencias surgidas históricamente y culturalmente formadas. Junto con los aparatos y estructuras materiales la tecnificación trae consigo un método de trabajo perfectamente determinado; la aplicación exitosa del procedimiento técnico exige tanto la organización burocrática correspondiente, como una actitud objetivante y sobria orientada hacia el rendimiento y un comportamiento uniforme y disciplinado. De ahí que la transferencia de tecnología, conjuro mágico del manejo neo-liberal del subdesarrollo, sea siempre transferencia de cultura, aculturación técnica. La difusión global de la civilización técnica, además, se hizo posible porque la técnica moderna en sus resultados concretos (desde el barco a vapor y la locomotora hasta la informática) despliega su atracción en el ámbito de las necesidades naturales del hombre y encuentra por doquier potencial resonancia. Una vez que se opta por la tecnificación, las expectativas desbordan siempre a las posibilidades concretas de acción de manera que se plantea una necesidad permanente de bienes y servicios técnicos, una inflación de pretensiones que potencia la difusión mundial de la técnica. De esta manera la humanidad toda se ha ido concentrando tan fuertemente en una de sus capacidades, la de la dominación material del mundo entorno, que las capacidades no homologables a ella se tornan cada vez menos perceptibles en su marginalidad.

LIBERTAD Y TÉCNICA

¿Qué podemos decir de la relación entre libertad y técnica? La filosofía de la historia ha partido hasta ahora del aserto de que el

acontecer futuro sea una dimensión básicamente abierta; hoy en día, sin embargo, se da el hecho empíricamente constatable de que a medida que aumenta la tecnificación se va reduciendo el espacio de opciones diferentes. Lo técnicamente recomendable y factible se convierte automáticamente en lo que se debe hacer y en lo que hay que hacer. Es muy dicente al respecto la ambivalencia actual frente al concepto, entre ominoso e ilustrado, de planeación. Es evidente, por una parte, que las posibilidades de auto-afirmación y auto-presentación así como las del desarrollo individuales, quedan restringidas en un mundo técnicamente estandarizado en el que todos los ámbitos de la vida están orientados al funcionamiento sin perturbación del sistema, y lo están más rigurosamente en la medida en la que aumenta la tecnificación y crece la capacidad de rendimiento de los procesos técnicos. Si mediante la tecnificación hemos llegado a crear una segunda naturaleza que, a manera de red, nos protege de influencias imprevisibles y nos brinda múltiples facilidades y toda clase de cosas agradables, ¿por qué entonces sorprendemos de estar circundados por la red e insertos en ella? Al mismo tiempo se exige hoy por doquier y a todos los niveles más planificación, mayor control y mayor previsibilidad; no en vano son los Departamentos de Planeación Nacional los centros de poder del Estado tecnócrata y las Oficinas de Planeación los ombligos de las Universidades a comienzos del siglo XXI. Para explotar al máximo las ventajas de la técnica hay que adelantar una planeación y un control lo más amplios posibles, con los cuales se logra que los mecanismos de acumulación y de autoexpansión ínsitos en la lógica del actuar técnico se potencien al incrementarse la tecnificación.

Semejante oposición entre autodeterminación espontánea y planeación está a la base del principio mismo de la técnica moderna. La figura ideal del individuo autónomo como fin supremo de la existencia humana es un elemento firme de la tradición filosófica que arranca de la Antigüedad y llega a su culmen en la Ilustración. La técnica moderna, que surge también de la filosofía occidental, se basa no obstante en acciones colectivas cuidadosamente planeadas y sistemáticamente realizadas; la acción técnica, que apunta a la máxima eficiencia, sólo puede realizarse con

un altísimo grado de normación. Esta tendencia a la planeación unificante se ve reforzada por factores como la necesidad de seguridad social y de múltiples servicios sociales. Se puede incluso hablar de una disposición psicológica a la planeación que se ha ido formando como reflejo del proceso de tecnificación: en la medida en que la técnica ha pasado a determinar todos los ámbitos de la vida, sirve ella también como modelo de comprensión de los procesos sociales e históricos; planificación y factibilidad terminan aplicándose al hombre mismo. La contradicción consiste pues en que aun cuando de lo que se trata en un mundo racionalizado técnicamente sea del logro de mayor libertad y de mejores posibilidades de desarrollo individual de los seres humanos, para su realización no se puede renunciar a las constricciones lógicas reales de la técnica y la planeación.

LA PÉRDIDA DE EXPERIENCIA

Al conflicto de técnica y libertad en la legitimación de las acciones se añade el peso de la pérdida de experiencias que la civilización técnica hace recaer sobre la existencia humana. A partir del incremento de la producción industrial, con la consiguiente especialización y diferenciación funcional del contexto social de producción, se reduce con rapidez el alcance de las experiencias primarias, la familiaridad con la mayoría de las condiciones reales y sociales de la existencia, condiciones cuyo círculo se va ampliando progresivamente más allá del horizonte de nuestro mundo vital. El saber acerca de las condiciones de vida que desbordan el horizonte de las experiencias que se dan en la práctica humana acentúa su independencia institucionalizada en forma de ciencia, cuyas teorías se construyen independientemente de los contextos experienciales que son los únicos que nos permiten juzgar acerca de la eventual utilidad de las aplicaciones de esa ciencia. Al ir desapareciendo la coincidencia del saber con la experiencia, compensamos el déficit aumentando nuestra dependencia del saber específico de otros; se desencadena así la era de expertos y asesores que han logrado sustituir la experiencia práctica no sólo en los ámbitos diversos de la vida individual sino también en la esfera social y política del ser

humano. La dimensión real y práctica de la vida humana se ha ido estrechando hasta verse hoy reducida a la anónima aplicación de la teoría científica, es decir, a la técnica.

Desechando más y más lo que desde siempre le es familiar al ser humano la ciencia y la técnica han venido ensanchando un nuevo horizonte humano caracterizado por la permanente novedad de lo extraño. Y como era lógico, del dominio y sometimiento de la naturaleza física han pasado ahora al dominio y sometimiento de la vida social, a la ingeniería de la sociedad. Es así como, decíamos en otro lugar, "el Estado se ha convertido en un sistema cuyo mantenimiento es cosa de técnicos: de ahí que el papel de quienes gobiernan se limite al de promulgar las recomendaciones propuestas por los técnicos para evitar y eliminar las disfunciones del sistema. El Estado contemporáneo vive de la despolitización de las masas, para compensar la cual la ciencia y la tecnología han asumido funciones ideológicas"⁴. ¿Qué decir de la tecnología de opinión pública, qué decir de los técnicos de la imagen y de su papel de príncipes electores de nuestro tiempo? No tiene ya sentido hablar de un orden moral actualizado a través de un consenso y de un actuar humano intercomunicativo. La participación activa, base imprescindible de un consenso democrático, ha quedado suplantada por la nueva y máxima virtud de la sociedad de consumo: el comportamiento condicionado, la conducta adaptativa que imposibilita de raíz la genuina identificación del hombre consigo mismo y con la sociedad. Las pérdidas de experiencia, desde el punto de vista ciudadano, significan además el debilitamiento de la competencia del sentido común político, instancia del juicio práctico referida a las experiencias de carácter social cuya ausencia no puede compensar la institucionalización de asesorías por parte de expertos.

La pérdida de experiencia se hace también patente en el desfase entre la capacidad de juicio y la conexión de todos los seres humanos a la red universal de televisión que le da a la desinformación más sistemática sugestión de presencia inmediata,

⁴ Carlos B. Gutiérrez, "Práctica humana, formación y sensibilidad", Universidad de los Andes, Bogotá 1985, p. 6

aboliendo toda distancia en nombre de una omnipresencia ficticia. El que diariamente nos traigan el mundo a la casa no significa que lo traigamos de verdad a nuestro horizonte de experiencias. Como dice Lübbe, para podernos hacer un juicio práctico fundamentado sobre alguna de las muchas guerras que nos muestra la televisión, necesitaríamos de experiencias y conocimientos cuya adquisición duraría más tiempo que la guerra en cuestión⁵. De ahí que el bombardeo de informaciones que nos llega a través de los medios masivos no sirva para aumentar nuestra competencia y sólo contribuya a exacerbar nuestro "entretenimiento".

Pérdida de experiencia se da así mismo en relación con los efectos secundarios cada vez más amplios de los actos humanos gracias a la incidencia cada vez más profunda de la técnica y a la interdependencia de sistemas en la diferenciación técnica de la sociedad; aumenta entonces la discrepancia entre la esfera de la acción y la esfera de los efectos en la medida en que nuestro juicio acerca de la viabilidad y defensibilidad de las consecuencias pierde su apoyo en la experiencia hecha. De ello resulta que tanto la experiencia como la posibilidad de asumir responsabilidad quedan rezagadas detrás de la notable y constante expansión del radio de alcance del actuar. Hay que anotar, eso sí, que hoy se trabaja con dos tipos de compensaciones en lo que concierne al creciente desfase de la esfera de experiencia con la esfera de los efectos. El primero consiste en intentar, a través de regulaciones institucionales, que las cargas de los efectos tenidos por necesarios recaigan de la manera más inmediata posible, bajo la forma de impuestos o de costos, sobre los actores. El así llamado "principio de causación" en la legislación para la protección del medio ambiente representa un intento de este tipo, plausible en sí aunque por necesidad muy limitado en su eficacia. El segundo es el del control técnico de los efectos secundarios, basado en *assessments*. Con todo no se debe olvidar que somos incapaces de calcular cuáles hayan de ser en el futuro los efectos de la innovación técnica porque somos incapaces de pronosticar una evolución cuyo factor de movilización más fuerte es el saber científico que,

⁵ Hermann Lübbe, *Filosofía práctica y teoría de la historia*, Barcelona: Alfa, p. 157.

en principio, no es pronosticable. «No scientific predictor can possibly predict, by scientific methods, its own future results» para decirlo con Popper⁶.

Las pérdidas de experiencia son una consecuencia de la gran velocidad de modificación de las condiciones civilizadoras de la vida a las que se refieren las experiencias. Las tradiciones, que no son otra cosa que orientaciones que valen a través de generaciones, envejecen hoy rápidamente; más allá de los inciertos límites de la velocidad civilizadora de la evolución ya no es posible consolidar culturalmente las experiencias. Por eso no son tradiciones rígidas las que nos oprimen y sí más bien la progresiva desaparición de aligeramientos a través de evidencias culturales de orientación práctica. Como la pérdida de validez del acervo de experiencia es de todas maneras muy grande, lo que sirve de apoyo en vez de ser permanentemente descartado debería ser cultivado y protegido.

En último análisis el dilema ético de nuestra época consiste, según Zimmerli, en que los individuos incurren en situaciones “de tener que asumir responsabilidad por algo que quizá ellos mismos no han causado, o con seguridad por lo menos no sólo ellos”⁷. Entre más evidente se torna el dilema de la ruptura insuperable entre asunción individual de responsabilidad e irresponsabilidad objetiva, más difícil resulta proponer soluciones sobre la base de éticas tradicionales. ¿Se necesita entonces una nueva ética? ¿O tenemos que resignarnos a que la responsabilidad sea el tributo que debemos pagarle a la modernidad y a su incontrolable dinámica propia?

⁶ Karl Popper, *The poverty of historicism*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1961, p. VI.

⁷ Walter Zimmerli, *Einmischungen. Die sanfte Macht der Philosophie*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993, p. 37.

ÍNDICE GENERAL

Introducción por Carlos B. Gutiérrez

CIENCIAS HUMANAS

El individuo entre la modernidad y la historia. El problema hermenéutico del siglo XIX y la fundamentación de las ciencias humanas

La ciencia comprensiva de Max Weber. Unidad de metodología y ética en una antropología racional

HEIDEGGER

Neokantismo y Fenomenología en el inicio de la filosofía de Heidegger

La hermenéutica temprana de Heidegger

Nietzsche según Heidegger y viceversa

La interpretación heideggeriana del actuar humano, crítica radical de valores y patrones normativos

Filosofía y poesía

GADAMER

Del círculo al diálogo. El comprender de Heidegger a Gadamer

Ética y hermenéutica

Hegel interlocutor de Gadamer

¿Qué quiso decir Charles Taylor?

¿Hay realmente problemas filosóficos?

Ciento dos años de pertenencia

HISTORIA Y PRÁCTICA HUMANA

La venerable tradición del progreso

Progreso, déficit de orientación y derechos del presente

Pérdida de experiencia y pérdida de responsabilidad

Práctica humana, formación y sensibilidad

Del solipsismo al descentramiento prodigante

ANEXOS

Referencias

Índice de conceptos

Índice de autores